

se desembaracen del mundo que halaga los sentidos, para concebir algo mejor, algo que se halla muy por encima de todas nuestras vanidades, de todas nuestras apariencias. Se les ha dicho, en una palabra, que hay que buscar en las regiones del pensamiento, o mejor en los inmensos dones de la fe, *una idea por cuya realización se consagren en cuerpo y alma, dedicándole todas sus fuerzas físicas y morales.*

Pero, ¿la juventud contemporánea habrá oído esas observaciones? ¿Siempre las habrá tenido presentes?

Sin duda alguna, la juventud de nuestros días es activa por excelencia, ella trabaja, sobre todo, por ganarse un lugar en el medio propio donde debe vivir.

El joven persigue un fin: labrarse un porvenir por medio de alguna profesión.

En verdad, esto no se debe vituperar. Muy al contrario, conviene animar y fomentar en los jóvenes el deseo de elegir pronto y bien la carrera a que deban dedicarse y por tanto la situación social que deban ocupar. Si este fin inmediato no es, propiamente hablando, *el ideal*; puesto que es muy personal, sin embargo, a él conduce. Esto constituye o encarna la idea de un puesto que ocupar, de una función que llenar, de un servicio que hacer.

Mas el ideal es algo superior: es la mira hacia el porvenir que supera a la función, es una concepción tal, que se puede utilizar en beneficio de todos, es la conciencia de un papel que desempeñar y de una misión que llenar en la colectividad la cual se pertenece.

La vida, en efecto, es una función pública, un ministerio que debemos a todos los que nos rodean. Esta función, este ministerio pesan más imperiosamente sobre aquellos que han recibido los privilegios de la educación y que son de cierta alcurnia; pero también se imponen a todos los demás, sobre todo, dados los tiempos en que vivimos, porque, quíerese o no, en esta era, no falta quien haga el bien, como tampoco se carece, desgraciadamente, de quienes hagan mucho mal: apóstoles del mal y del bien.

En el momento histórico actual no se contenta o satisface con las virtudes que brillan en la intimidad del hogar, mientras que en el exterior, el mundo de la realidad continúa evolucionando o bien se ve envuelto por el caos de la revolución; ya no se debe trabajar sólo por obtener los atractivos de los placeres humanos que seducen y atraen a los espíritus mezquinos; no es tiempo ya de conformarse con las ardientes ternuras de la familia, *ya no basta solamente ser una buena jorru* de los que hayan podido conocer muchos nuestros antepasados, nuestros abuelos y bisabuelos.

«No tener mas que una vida llana, mediocre, dice M. Ollé-Laprune, sin grandes tropiezos, *yo soy el primero en desearlo, sin grandes sacudimientos, sin crisis violentas; pero ociosa, inútil, es un mal muy grande*... Una vida lánguida, desocupada, lo llena tan sólo de cosas fútiles o frívolas; una vida tal, por correcta que sea y, si cabe, por inocente que pueda haber, *es ciertamente muy mala: es una vida defectuosa, trunca, incompleta*».

¿Cuál es pues *el ideal* que hay que dar a la juventud de nuestro tiempo, si se quiere hacer de ella el auxiliar del apostolado de la Iglesia?